

UNAS HORAS EN PRIEGO

Hs improba labor del cronista, en el reducido y limitado marco que aprisionan estas líneas, recoger, siquiera sea de un modo sucinto y a la ligera, lo más destacante del cariñoso y popular homenaje tributado al señor Martínez Kleiser por la ciudad de Priego, agradecida a éste por la fervorosa exaltación de Cuenca, con la maestría de su pluma y el lirismo de su inspiración. Fué, más que homenaje, un agasajo al cantor de las bellezas conquenses, al trovero de las grandezas históricas, al rapsoda de las leyendas milenarias; un testimonio de afecto a su labor enaltecedora, una cariñosa demostración de agradecimiento a su empresa divulgadora, para alentarle en su marcha, para estimularle en lo venidero.

La ciudad de Priego, su alcalde, las personalidades cultas y significadas han dado prueba, con el acto realizado el lunes último, de un conqensismo firme, de una valoración espiritual, que los realza serenamente sobre los demás. Fué un gesto dignificador, pedagógico, poco común en estos menguados tiempos de democracias y de indiferentismo, donde no prestamos oídos, ni plácemes a los sudores de la pluma, ni de la inteligencia. Por eso la espontánea iniciativa de Priego, llevando a Kleiser al rincón venerable de sus devociones, al convento de Priego, cercándole la multitud, estrechando su mano, da una exacta medida de la cultura de un pueblo, que es el mayor galardón y timbre de ciudadanía.

Y el señor Kleiser llevó un puñado de amigos de Cuenca, para que participasen en ese día de júbilo, de ensalzamiento, de loa, a la humilde labor de su peñola. Partió pues con nosotros el pan de los elogios y del triunfo, en el refectorio de la antigua residencia franciscana, que conserva el aroma de la meditación y el anatema contra la vanidad de las cosas del mundo, y presidiendo la mesa, a los pies de Cristo, vertió las claras dulzuras de su corazón, emocionado y sonriente. Y tuvo parábolas como el divino Maestro ante el pueblo, que irrumpió ávido para escuchar la palabra del poeta. Yo recuerdo la parábola de la cuecaña... que fué muy del agrado de los escuchadores y la descripción poética de aquel nunca bien ensalzado lugar, que toca al cielo, y que arrancó frenéticas ovaciones.

Si muchos y muy bellos son los rincones pintorescos de la provincia, la famosa Hoya del Conde es digna de figurar entre los primeros. Su famoso convento del Cristo, que goza el privilegio de poderse celebrar cuatro misas a la vez en su peana, al que acuden con fervorosa devoción todos los pobladores de aquella serranía, la grandeza de sus acantilados que cierran el estrecho del Escabas, la exuberante vegetación de sus laderas, el serpenteo de sus aguas milagrosas, la serena quietud monacal, el ancho dosel de su cielo azul, la fragancia de los pinares resinosos, el alborozo de las esquilas, la música mañanera de las aves..., la conseja romancera del sante-ro, que relata milagrerías y bienandanzas...

Si es Castilla como dijo el poeta:
hermosa flor amarilla
abierta en medio de España.

este lugar bravío, de asombro, es como la entraña de Castilla, como ancha herida abierta a la tierra paramera; hondón frondoso, inenarrable, donde el espíritu se asoma, suelto de toda trabazón arcillosa, al escenario de su raza. Y sueña, despierto, con las bizarrías de los conquistadores, las inquietudes de los filósofos, los arrobamientos poéticos de los místicos, las hazañas de los guerrilleros, toda la historia viva y palpante del recio solar castellano.

En la iglesia del convento, en una capillita, se admira una notable talla de San Pedro Alcántara, «gran sufridor de penas y mortificaciones, que estuvo muchos años sin alzar del suelo los ojos y aseguraba a sus amigos que lo mismo se le daba ver que no ver. (Hoy ya le falta un ojo). Era muy viejo y de extremada flaqueza y parecía, según la frase valiente de la virgen de Avila, «hecho de raíces de árboles».

En tal obra escultórica, que todo el mundo atribuye a Salcillo, lo representan con los ojos en alto y radiantes, y no tan seco de carnes como nos lo describen.

Fué una deleitosa excursión que enamoró a todos y puso de manifiesto la calidad de sus organizadores, a los que mi pluma no escatima sinceras felicitaciones. Nombres y más nombres ¿para qué? Caeríamos en la vulgaridad de las flaquezas humanas y enturbiaríamos el claro recuerdo que todos conservamos en el corazón de aquella fecha y de aquellos amigos que ensalzaron a su poeta en el grandioso anfiteatro de la verdad y de la belleza.

Julián VELASCO DE TOLEDO.

EN EL CONVENTO DE PRIEGO

I

Allá donde crece el pino,
frente a una verde montaña;
oyendo a un río que baña
las vertientes del camino,
entre perfumes de espliego,
de tomillo y de sabina,
en una verde colina,
se alza el Convento de Priego

Un cielo azul lo protege,
un bello monte lo guarda;
la vegetación gallarda
que al rededor se entreteje,
murmura, gorjea y gime,
como arpa que vibra al viento;
y por eso es el Convento
algo admirable y sublime.

Parece al verde de lejos,
siempre erguido, siempre en vela,
avanzado centinela
de ciudades y de anejos.

Algo, así, como un Señor
que ejerce acción tutelar,
cundiendo, sin enseñar,
un culto de fé y amor.

Culto de fé por su historia:
culto de amor, porque es diaria:
su misión hospitalaria,
conforme a su ejecutoria.

Y si en la paz y sosiego,
de un bello rincón de sierra,
se puede decir que encierra
el alma entera de Priego.

II

En sus largos corredores
y en sus claras galerías
parece que hay armonías
y ecos de tiempos mejores.

Armonías de salterio;
ecos de andar silencioso;
revuelos del religioso,
ambiente del monasterio.

Un plácido bien-estar,
elevado y principesco;
un vivir tranquilo y fresco;
un suave y dulce soñar.

Por eso, el tiempo vivido
en su recinto admirable,
es un tiempo inolvidable;
recuerdo nunca extinguido

Recuerdo que nos invita,
nos atrae y solivianta,
y en nuestro espíritu canta
una canción infinita.

Canción que tiene rumores
de la fuente milagrosa,
de la corriente impetuosa
del río; de los alcores

donde verdean los pinos,
y el sol hace filigranas
en las vertientes cercanas,
y en los oteros vecinos

Que en la linfa de sus fuentes,
y en la fronda de su huerta
a todas horas despierta,
y barbotando entre dientes,

parece que un alma fluye,
nos baña y nos ilumina
con una esencia divina,
que en nuestro ser distribuye.

Esencia que se distingue
y en todas partes se nota;
manantial que no se agota;
veneno, que no se extingue.

Y es tal, que en todo momento
deja sentir su influencia;
pues que reside esta esencia
en el Cristo del Convento.

III

Cristo de la Caridad,
venerado y milagroso!
En el sagrado reposo,
y en la sublime piedad
de tu solemne capilla
halla el hombre fé y amor;
que alumbra tu resplandor
a estos pueblos de Castilla.

Resplandor que es luz del cielo
y esencia de mil olores;
que envuelve y baña a las flores.
con ámbar y terciopelo.

Que enciende el sol y el encanto
de luz, que tiene la luna;
que canta alegre en la cuna;
y flora en el Campo Santo.

Que es ilusión, esperanza,
porvenir, siempre risueño;
visión grata de un ensueño
de fé y bienaventuranza.

Por eso, más cada día,
iluminado y sediento,
el pueblo sube al Convento
como en santa romería.

Sube con viva ansiedad;
y en alas de un gran anhelo,
viene a ver al Dios del Cielo;
Cristo de la Caridad.

E. Molina DE LA TORRE.

Convento de Priego (Cuenca) 31-7-1923.

(Facilitada por su hermano don Juan, diputado provincial).